

## Monstruos y geografías imaginarias en la antigua Grecia

Ricardo Olmos,  
Instituto de Historia, CSIC.

En su Historia Natural Plinio el Viejo cuenta que durante los años del principado del emperador Claudio, varón versado en antigüedades y en erudiciones múltiples, le llevaron a Roma el cuerpo de un centauro embalsamado en miel. Si el cultísimo emperador Claudio es testigo, con sus propios ojos, de aquel centauro en miel llegado de los confines del imperio, si lo era además Plinio, experto en indagaciones y relatos de la naturaleza que nos transmite la noticia, ¿quién sería capaz entonces de negar -en el siglo I de nuestra Era, en el complejísimo y extenso cosmos imaginado por los romanos y mucho antes por los griegos, la existencia de los centauros y de toda la restante tribu de monstruos que habitan el mundo?

Las noticias sobre estos extraños seres se multiplican. En otro lugar de su historia el mismo Plinio dice que nada menos que un senador de Roma vio un ser híbrido, un *homo marinus*, en las costas del Atlántico, en el mar cercano de Lisboa. Y otro testigo solvente, entre los miles que existieron y existen: fue el viajero Cleón de Magnesia, que -incapaz de mentir- vio con sus propios ojos en las playas de la ciudad semita de Cádiz un inmenso monstruo marino, un tritón gigantesco, hombre y pez a la vez, que ardía sobre la playa gaditana. Relata la historia, en el siglo II de nuestra Era, el erudito viajero Pausanias, en su *Descripción de Grecia*. Sabemos de las extraordinarias medidas que alcanzaba aquel ser ígneo. Los monstruos suelen caracterizarse por el asombro que suscitan y, no pocas veces, por su tamaño inusual, por su grandeza. Pero estos seres del mar pervivirán más allá del antiguo mundo clásico. Algunos mapas y cartas marinas de época moderna incluyen a los tritones y a las nereidas en el espacio del mar. Vemos asomar su rostro saludando el paso de las galeras que surcan sus aguas. Los viajeros del XVI llevan en su retina, en su imaginario heredado de la antigüedad y de la Edad Media ese mundo de expectativas inquietantes. También ellos, aventureros e imaginativos, marinos de autoridad, esperaban hallar en el mar a los monstruos de las generaciones previas, los que atisbaron los contemporáneos de Homero, de Pausanias, de Plinio o del inagotable Claudio Eliano, apasionado siempre por los prodigios y los seres más extraños.

Muchos siglos más tarde, en ese cuento maravilloso que será siempre el *Candide* de Voltaire, el protagonista del relato es testigo de haber presenciado, en el interior de las selvas del Paraguay, la lujuria desenfrenada de unos sátiros. Estamos ahora en el dominio americano de los jesuitas, pero, curiosamente, percibimos lo mismo o algo muy similar a lo que percibieron los griegos y los romanos de época clásica. Hay una cierta familiaridad moderna con los monstruos del mundo clásico, una arraigada pervivencia. Con el descubrimiento de las nuevas tierras los monstruos se trasladan más allá, a los lugares recónditos de América. La raíz de esta añoranza, de esta percepción volteriana puede ser vieja, y llevarnos al mundo clásico grecorromano.

Ante semejantes testigos de excepción resultaría difícil negar la existencia del inmenso Tritón que vio Cleón de Magnesia, o la del centauro, que tuvo ante sus propios ojos el príncipe Claudio. Ni tampoco la de los sátiros que vagaron por tierras de los jesuitas en las selvas de América. Pues lo afirmaban, repito, hombres de prestigio, incapaces de mentir, y lo llegan a afirmar en otros lugares los mismos dioses. No cabe duda: para el hombre de la antigüedad los seres híbridos existieron, dotados de vida y de tierra propias. El poder de la información controla su existencia, que ratifica e incluso propaga el poderoso. Los monstruos parecerían, en estos y otros casos, ir ligados a una forma de poder, una ostentación de conocimiento: se amplía la naturaleza, no basta con la riqueza existente pues el afán de posesión del hombre es inagotable. Pero ¿se explican los monstruos e híbridos por una estrategia de poder solo? Posiblemente hay razones más profundas que arraigan en la psique humana. Aludiremos pronto a ellas y a nuestra diversa percepción moderna.

Por todo lo que hasta aquí he ido apuntando, voy a volver a hablar sobre monstruos en la charla que hoy nos convoca. Y lo haré casi con la misma fe con la que creyeron los antiguos en los siglos VI o I a. de C., bien en Grecia o bien en Roma, bien en Siria, en Egipto o en la Hispania romana. Pues los monstruos, los seres híbridos, son buenos, son necesarios para pensar simbólicamente, si se nos permite parafrasear, con Sperber, la famosa frase de Lévy Strauss sobre los animales.

Y, sin embargo, en la misma antigüedad ya surgieron voces molestas y disonantes de pensadores incrédulos. Entre ellas las de algunos filósofos, como la del descreído poeta Lucrecio, que, en el siglo I a. C., poetizó el cosmos en su poema *De rerum natura*, “Sobre la Naturaleza”. Lucrecio afirmaba vigorosamente, no sin osadía, que los seres híbridos son productos de nuestra imaginación, formaciones imposibles, absurdas, que crean nuestros propios sentidos. Propone argumentos convincentes, se esfuerza en

demostrarlo, lo que demuestra la fe de sus oponentes. Dice, por ejemplo, ¿cómo va a poder manejarse a la vez un monstruo híbrido entre un caballo de la tierra que remata en la cola de un pez de agua? ¿O el centauro, con la parte delantera de un hombre y la trasera de una caballo? Pues un caballo crece y se desarrolla con un ritmo temporal bien distinto al de un hombre; su manera de moverse es diversa: ¿cómo compaginar estas naturalezas heterogéneas, tan discordes, en la imposible unidad del centauro? La hibridación no funciona, es disparatada. Sí, filósofos como los epicúreos insisten en que somos una pura mezcla, una continua combinación de átomos en movimiento, pero en ningún modo de partes absurdas de seres de la naturaleza, cabezas de tal ser, cuerpos de tal otro, patas y colas de animales diversos, de caballos y de hombres, de peces y de aves, de serpientes y de leones, en fin, de todo lo imaginable que desea superar las fronteras del agua, de la tierra o del cielo, del bosque o la montaña, esferas limitadas a las que cada familia de seres pertenece. ¡Qué disparate! Pues es la imaginación, afirmarían los escépticos, la creadora de estos seres híbridos, éstos no son sino pura ilusión de nuestra percepción. “El Sueño de la razón produce monstruos”, dice el famoso grabado de Goya, una expresión ciertamente terrorífica pero tan humana... Frente a ello, el optimismo lucreciano: no creamos en ellos, desconfiemos de los engaños de los sentidos, evitemos los miedos. Así insisten, como Lucrecio, los incrédulos convencidos. La existencia de los monstruos desata, pues, pasiones encontradas: los que creen en ellos y defienden su existencia con testimonios y con argumentos; los que militan contra aquellos, los que solo ven en ellos una creación humana generadora de espantos.

Sea como sea, tengan razón los creyentes o los escépticos, los monstruos y toda la caterva de seres híbridos cruzan el tiempo sin ninguna dificultad y rebrotan en nuestro subconsciente pues forman parte de los estratos más profundos de nuestra memoria colectiva, de nuestra “philogénesis” humana y animal, tal vez la que arraiga en el paleolítico, cuando el hombre no había alcanzado aún una conciencia clara de su especificidad frente al animal, de una separación radical de él, que será ya lo otro, lo domesticable, lo valorable como bien económico, a partir sobre todo de la época neolítica. De esa viejísima historia humana de indiferenciación animal puede proceder nuestra creencia y necesidad de los monstruos. Por todo ello hablaremos hoy de nuevo de los monstruos y los seres híbridos.

Pero ¿y nosotros? ¿Qué significan hoy, psicológicamente, para nosotros? Tal vez el imaginario de los cuentos ha transmitido en nuestra infancia la necesaria sensación de

extrañeza del monstruo. El bosque de los cuentos de los hermanos Grimm sigue siendo un espacio de misterio, propicio a apariciones y a seres anormales, a gigantes y a personajes peregrinos y descomunales.

Sin embargo, algo nos separa ya de la percepción del mundo antiguo. Ha desaparecido de nuestra sensibilidad aquella expresión profunda del territorio desconocido, el que alberga a los monstruos y a los seres híbridos. Ni siquiera la muerte existe en nuestra cultura –que la ha borrado de nuestra imaginación-, la otra gran tierra desconocida de monstruos. La creciente precisión de los mapas en época moderna, la representación minuciosa de la tierra ha ido alejando aquella sensación fascinante de una “terra incognita” diferente de la nuestra, tierra que limitaba y cercaba a los pueblos de la *oikoumene* y que hacía posible el temor reverencial a los monstruos imposibles.

Un maravilloso texto de Julio Cortázar expresaría mucho mejor que mis palabras esta idea del desencantamiento del paisaje, que el escritor argentino detecta en nuestra cultura europea. Lo entresaco de ese conjunto de testimonios y relatos, todos ellos vivenciales, que se reúnen, poco antes de la muerte del escritor, en su libro, *Nicaragua tan violentamente dulce*, editado por Muchnik editores en 1984, creo que precisamente el año de la muerte de su autor.

El escritor se encuentra junto al río San Juan y refiere:

“Frente al río pienso en Langston Hughes (*I’ve seen rivers’-*) y la extraña fusión del tiempo y el espacio que parece cumplirse en ese camino que anda –como le llamaron al Nilo los antiguos egipcios-. No sé describir paisajes y por una vez lo lamento; hubiera querido embarcar al lector en esta caliente pereza puntuada por el garabato blanco de las garzas en las orillas del San Juan, hacerle sentir eso que Europa ha perdido hace mucho: el vago temor a lo desconocido, al misterio que empieza en las orillas del río y que el doble telón verde de la selva y los manglares oculta a la mirada. Inútil consultar el mapa donde vagas e imprecisas referencias muestran afluentes, colinas y volcanes, raramente una indicación de vida humana, pero sus sonidos son los de la alerta, el pájaro agorero, el rugido de la fiera, la burla chillante de los monos. Sombras terribles de Orellana, Gonzalo Pizarro, Lope de Aguirre, su coraje casi impensable mientras se internaban por primera vez en este mundo fluvial americano que aún ahora y por otras razones encierra la amenaza y la muerte...”. Ese es el espacio, la tierra de los monstruos, de la diferencia, de lo imposible.

El mundo antiguo no concibe el espacio, la tierra que habitamos, sin seres que lo pueblen. Los monstruos pueblan geografías singulares. Como los animales y los hombres, aquellos poseen su propia espacialidad, que es diferente, diversa de la nuestra. Los monstruos suelen habitar un espacio marginal o limítrofe. Si el espacio es muy remoto tenemos noticias de aquellos a través de la palabra de los viajeros. Los grifos, monstruos híbridos con cabeza de pájaro devorador y cuerpo de león habitan las geografías limítrofes allende la remota Escitia, que nos transmite Heródoto. Son allí guardianes del oro, que tratarán de arrebatarles los osados Arimaspos. El oro y el grifo son, ambos, igualmente remotos, fascinantes, extraños.

Transmitirán también la existencia de monstruos los relatos míticos de los hombres que nos antecedieron en el tiempo. Podríamos afirmar que, en principio, los monstruos no se encuentran en el espacio ordenado y regulado por los hombres, que es el marco amplio de la ciudad, la *polis*. Los sátiros habitan los bosques, las selvas. La Medusa, y sus hermanas las Gorgonas, de rostro terrible, de mirada frontal, pueblan el extremo de la tierra, cercada por el río Océano. Los viajeros que se aventuran en tierras extranjeras relatarán, a su regreso, la experiencia de sus paisajes de monstruos. Recordemos los espacios limítrofes que conoce y relata Ulises, otro testigo de excepción, en quien la aventura es inseparable del conocimiento. A su regreso, en la tierra aún mágica de los Feacios, Ulises relata el universo de monstruos que ha conocido, esos espacios de costumbres y normas ultrahumanas por el que el héroe que regresa ha pasado: los lestrigones; los lotófagos que comen e invitan a lotos que producen olvido; los Cíclopes, de un solo ojo; las sirenas, aves cantoras que seducen y fascinan con sus relatos de fama al navegante; el torbellino de Caribdis que engulle las naves; y Escila, monstruo femenino –sí, lo femenino puede ser incluso más monstruoso-, ceñida por perros voraces, que aguarda en su cueva sobre el mar el inevitable paso de las naves. Prácticamente todos ellos son seres limítrofes y seres de lugares de tránsito.

El pensamiento antiguo, el mundo su imaginario necesita de esos monstruos para pensar el cosmos y ordenar las ciudades, las *poleis*. Con la acción de los monstruos expresamos la vida, la otra posibilidad de vida no política, en la montaña, en el mar, en el limítrofe río Océano. Con ellos construimos, en definitiva, el paisaje de lo Otro y en sus contrastes se configura, a través de infinitas y matizadas contraposiciones, el ámbito familiar, acogedor y ordenado de lo propio, el que habita nuestra lengua, en ese caso – pues hablamos de Grecia- la lengua griega.

Nuestros imaginarios del espacio –la montaña, la cueva, el mar, el río...- lo construimos con diversos monstruos. Los centauros habitan las montañas y las cuevas de las montañas. También allí mora Pan, el dios con patas y pezuñas de cabra que se acompaña de su peculiar flauta o siringa –cañas ahuecadas y unidas con miel- y que puede aparecerse, fugazmente, a los pastores que frecuentan las montañas con sus ganados. La aparición es repentina, súbita, y el dios les infunde entonces un terror “pánico”, en esos instantes de encuentro irreconciliable entre los hombres y estos seres de los márgenes del territorio. No es ahora el varón de prestigio quien transmite la noticia, como decíamos antes, sino el humilde pastor, pues es él el que habita en los espacios limítrofes de la *polis* que son las montañas, tan propicias a monstruos.

Esos espacios marginales están dotados de unas cualidades diferentes. Pongamos el ejemplo de la sexualidad. Pan suele aparecer con un enorme falo erecto –que asusta y a la vez protege-; los sátiros están dotados de una insólita vitalidad sexual, inagotable y desbordante, como la del bosque. También, son libidinosos y excesivos los mismos centauros. No pocos conflictos pueden surgir de un contacto entre esos dos mundos: conocemos bien el desenlace por invitar a unos centauros a una boda de los hombres, el episodio mítico de los lapitas cuyo generoso rey acogió con hospitalidad y vino a los centauros. Aquellos no se supieron comportar de acuerdo con las normas humanas: beberían el vino de las grandes cráteras desordenadamente, tratarían de abusar de las mujeres lapitas y hasta de la misma novia, a las que querrán poseer, raptar y trasladar a su mundo lejano. El conflicto está servido y los griegos lucharán contra aquellos en combates casi heroicos, pero también tumultuosos con todo tipo de armas, las fabricadas por la cultura humana frente a las frondosas ramas y peñascos del campo y del bosque, que enarbolan los desmedidos centauros. El arte griego ejemplifica en sus espacios sagrados estas hazañas memorables: recordemos las famosas metopas del mismo Partenón. De la historia se desprende una lección civilizadora, la de los griegos que lucha por su cosmos frente a esas tierras de costumbres salvajes y marginales.

Especialmente a los héroes les está encomendada la esforzada tarea de liberar la tierra de monstruos. Hemos aludido a la Odisea, a los recorridos de Ulises por un mar habitado por los más extraños seres. No solo el mar está lleno de espantos. También los recorridos de la tierra, los caminos, los acantilados y valles y, en especial, todos los pasos estrechos y obligados, los pueblan gigantes de extrañas e inhóspitas costumbres. Suelen ser seres del lugar, gigantones que a veces habitan árboles inmemoriales. Héroes como Heracles o Teseo liberarán esos caminos de monstruos para que los puedan

transitar felizmente los hombres. Viajar es peligroso, los caminos han de ser recorridos, limpiados de fieras, reconocidos previamente. Heracles viajará al extremo occidente –lo hará por mar, pero podrá volver también por tierra- y en los extremos del mundo, donde el héroe ha colocado como señal para los marinos sus famosas columnas, se enfrentará con el insólito Gerión, ser triple con tres cabezas, con tres pares de brazos, con seis pies que une y coordina un tronco común. A esta ingente fuerza triplicada vencerá Herakles, héroe que marca caminos a navegantes y a hombres, allanando rutas, conquistando riquezas como los inmensos rebaños propiedad de Gerión.

Por su parte, en el regreso de Teseo a Atenas, el joven príncipe, antes de acceder al reconocimiento por parte de su padre y, gracias a ello, a la posterior realeza ateniense, recorrerá un camino iniciático que le guiará desde la peloponesia Trecén hasta Atenas pasando a través del mismo istmo de Corinto. En ese recorrido, lleno de constantes peligros, Teseo conseguirá vencer y dar muerte a todos aquellos gigantes y monstruos que imponían su inhumana ley y sus salvajes costumbres a los viajeros atenienses. Los monstruos sirven para explicar la civilización del mundo, la justificación de las leyes humanas que enseñan a hacer cumplir, ejemplarmente, los héroes. Sin sus oponentes los héroes, no se entienden, no se justifican del todo los monstruos. Y viceversa. Monstruos y héroes son complementarios.

Pero el héroe siempre irá más allá y podrá liberarnos de los monstruos que pueblan los límites definitivos, que no son otros que los de la muerte. Heracles doma al terrible Can Cerbero, de triple cabeza, que protege la entrada en los infiernos. Y Teseo libera a los adolescentes atenienses de perecer devorados por el Minotauro, tributo sacrificial exigido por el rey Minos en tiempos inmemoriales. Aquellos eran introducidos en el interior del laberinto, morada del monstruo que combinaba la cabeza de toro a un cuerpo humano. El ingreso en el laberinto no es otro que el acceso a los infiernos. El regreso victorioso de Teseo que, guiado por el hilo de Ariadna, arrastrará hacia la luz el cadáver del Minotauro no es otro que su triunfo sobre la muerte. Al descenso el regreso, a la *katábasis*, la feliz *anábasis*.

Hemos hablado de monstruos terroríficos pero también los hay benefactores, los que enseñan sus conocimientos y sus secretos al hombre. No pocos monstruos le ayudarán a traspasar el camino imposible de la muerte: las esfinges, con sus fauces abiertas, su mirada vigilante, su cuerpo erguido que rematan garras de león, protegerán las tumbas. Lo que horroriza y conoce es también lo que más eficazmente protege. También en el reino de la muerte hay monstruos diversos para espacios diferentes. Los hipocampos o

caballos marinos ayudarán en el tránsito a aquellos difuntos que viajen por mar hacia las tierras de los bienaventurados. Pues el ser híbrido comparte naturalezas diversas, lo que le permite traspasar fronteras. Las fronteras de la muerte –recordemos el libro VI de la Eneida de Virgilio, o las innumerables imágenes esculpidas de las necrópolis griegas– están pobladas por una multitud de estos seres transmisores, dotados de alas imposibles o de cuerpos de fieras múltiples. El terror protege. Hay una proyección de este terror del hombre ante la muerte en los monstruos que habitan este territorio de paso a lo desconocido. Proyectado el terror en el monstruo su apropiación puede devenir consuelo. El monstruo es entonces compañero del viaje último del hombre.

Los monstruos pertenecen a un tiempo anterior al de los hombres. Sirven para construir el tiempo de la cultura humana, que se apropia y hereda de la sabiduría ancestral de estos seres de la naturaleza. Recordemos a Quirón, el centauro civilizador que enseña a Aquiles la caza a la carrera de animales salvajes con los que el niño-héroe se alimenta. Pero también le enseña la música –la música más noble, la del canto con lira- y con ella, las virtudes morales del héroe. Era el más sabio y justo de los centauros. Habitante de las montañas y del bosque conoce los secretos ocultos de las plantas. Su saber es también medicinal. ¿No hemos heredado de este centauro sabio su planta curativa, la centaurea? Esculapio, héroe curador ya a la medida humana, hereda ese conocimiento de Quirón. Pero el centauro es el inventor previo, el poseedor del secreto curador originario.

“La ciencia es flor del tiempo: mi padre fue Saturno”, dice el veterano y sabio Quirón en el maravilloso poema de Rubén Darío que más adelante comentamos.

La sabiduría de estos seres, celosos de sus secretos que esconden para sí, sería un tema de vieja raigambre popular. Arrebatárles esa sabiduría a los monstruos es tarea heroica. Pues el monstruo suele ser un ser escurridizo y metamórfico, difícil de atrapar, en especial el marino. Recordemos a Menelao y el Anciano del Mar, en la Odisea; o la lucha de Heracles contra el escamoso Nereo/Tritón, cuando el héroe ha de arrebatár al viejo y obstinado dios marino los secretos de las rutas del mar que le conducirán hacia Occidente. Con ardides casi imposibles ha de acceder a ese saber, que luego pasa a los demás. El camino a Egipto ya no será reino de monstruos tras el episodio de la Odisea; ni el del extremo Occidente tras el primer viaje de Heracles. De este viaje, decíamos, quedan las señales, las estelas pétreas como recuerdo y aviso de ese límite traspasado, en un tiempo remoto, heroicamente.

En el mito griego hay también un mensaje de prudencia. Es peligroso hollar caminos lejanos. Cualquiera que se aventure en tierras desconocidas se encontrará con los monstruos. No es solo la creencia común, la creencia que hoy llamamos popular. La autoridad de los que saben, de los que no se engañan, confirma la existencia de seres imposibles.

Los monstruos habitan también el espacio sagrado ¿Por qué hallamos a la Gorgona terrible presidiendo el frontón del templo de Ártemis en Corfú? ¿Por qué los descomunales y sangrientos leones en los templos arcaicos, en piedra *poros*, recargados de vivos colores, de la Acrópolis ateniense? ¿Por qué aquí Heracles luchando con el mutable Barba Azul, en uno de sus más enigmáticos frontones de la Grecia arcaica? Y luego, en el más famoso y “racional”, en el más autorizado de los templos griegos, el Partenón, con su despliegue de centauromaquias, junto con la lucha de los atenienses frente a la alteridad y monstruosidad “moral” de las amazonas, insólitas mujeres guerreras? Y es que el ámbito del dios que delimita un templo es espacio singular, protegido, tierra por tanto natural para estos seres limítrofes.

Cada época ha recuperado su propio mundo de los monstruos. Desde Lucrecio, desde Goya, desde Freud sabemos que el mundo de la razón produce monstruos, que los monstruos los llevamos dentro, en la espacialidad de nuestra psique, en los reinos insondables de nuestros cuentos.

Pero, simultáneamente, podemos construir un mundo dorado de monstruos, envuelto en belleza mítica y parnasiana, monstruos domados como los que nos relata el maravilloso poema de Rubén Darío, su *Coloquio de los Centauros*, que forma parte de *Prosas profanas* (1896), obra de madurez. Nos abre a un paisaje de luz y de belleza habitado por monstruos apenas monstruosos, dotados de voz y anhelo humanos.

Comienza así:

“En esa isla en que detiene el esquife el argonauta  
Del inmortal Ensueño  
-Isla de oro en que el tritón elige su caracol sonoro  
y la sirena blanca va a ver el sol- un día  
se oye un tropel vibrante de fuerza y de armonía.”

Los centauros irrumpen en escena, vigorosos, desbordantes, y hablan.

Escojamos, como ejemplo, la voz del centauro Caumantes:

“El monstruo expresa un ansia del corazón del Orbe,  
en el Centauro el bruto la vida humana absorbe,  
el sátiro es la selva sagrada y la lujuria,  
une sexuales ímpetus a la armoniosa furia.  
Pan junta la soberbia de la montaña agreste  
al ritmo de la inmensa mecánica celeste;  
la boca melodiosa que atrae en Sirenusa  
es de la fiera alada y es de la suave musa;  
con la bicorne bestia Pasifae se ayunta,  
Naturaleza sabia formas diversas junta,  
Y cuando tiende al hombre la gran Naturaleza,  
el monstruo, siendo el símbolo, se viste de belleza”.

Releyendo este hermosísimo poema se me ocurre pensar que la apropiación que nos ofrece Rubén Darío parece ser muy diferente de la que habíamos descrito: aquí el centauro se apropia de la vida humana, aspira a ella, como si el hombre fuera el fin, el *telos* o culminación añorada al que aspira toda la existencia. De ahí el Coloquio, el diálogo de los centauros. Hoy diríamos, por el contrario, que la naturaleza tiene un poder superior al hombre y por ello aspiramos a los monstruos, los necesitamos, hablamos de ellos en esta charla que nos convoca.

Al contrario que el poeta Lucrecio en el poema parnasiano de Rubén Darío se despliega un mundo luminoso y vital de conjunciones y de armonías. Pero, recordémoslo, el griego sintió -sobre todo- la desarmonía, los desajustes en esta mezcla de diversos, que raramente superaron monstruos justos y sabios.

Sin embargo, ya la misma antigüedad humanizó a los monstruos y los hizo familiares. La época helenística quiso acercarnos al monstruo y hacerlo humano. Baste recordar el antiguo cuadro, de época helenística, de la familia de centauros y centauresas, que describe Plinio. Forman una familia, en la que imaginamos el bullicioso mundo infantil de los pequeños centauros. Lo que la época arcaica había ignorado (el centauro era entonces un ser solemne y hostil, o incluso pavorosamente cómico y grotesco) ahora asume matices de edad y de género al modo más humano. No hay duda de esta vieja

aspiración a humanizar los monstruos, a arrebatarnos la alteridad, a hacerlos entrañables, tiernos y próximos. Como la paradoja de la Bella y la Bestia, del Kinkong profundamente humano.

No cabe duda: el monstruo, en definitiva, seguirá siendo un símbolo paradójico e infinitamente de nuestra complejidad animal, de la que un día lejano quisimos desgajarnos.